

“Del niño diagnosticado síndrome disatencional a la infancia del axolote”

Quisiera detenerme brevemente en aquellos momentos cruciales de nuestro trabajo cotidiano con los niños cuando por unos instantes nos lanzamos a jugar con ellos, nos dejamos desbordar por el ritmo escénico y sin darnos cuenta en esa invisibilidad constitutiva, se produce el placer de desear en la puesta en juego de una experiencia novedosa. El deseo inventa la experiencia infantil y ella crea el deseo de jugar con otro.

“Esteban, Esteban, mirá lo que traje hoy” ...afirma Nicolás, me muestra con alegre picardía un globo de color amarillo, exultante exclama: “Lo llenamos con agua y le ponemos cosas...azúcar, sal, piedritas, detergente...y lo ponemos en el freezer para que se congele y ver qué pasa”, “Dale-afirma inquieto, entusiasmado, audaz-subimos y vemos también que pasó con el experimento que dejamos la semana pasada” ...Así, se desprende de la mano de su papá, tira de la mía para impulsarnos al ascensor...

En el pasillo grita: “Te juego una carrera, el primero que llega al quinto piso gana...vamos por la escalera, dale, listo...ya”, “Siiii” ...alcanzo a responder al desafío y salimos corriendo para ver quién gana. Nicolás y Esteban suben las escaleras, juegan la carrera, en la velocidad se hacen chistes y gestos para frenar al otro y clandestinamente ganar el desafío que lo dejará en la puerta del consultorio. Agitados, agazapados pero preparados para entrar en ese espacio compartido. Uno gana y el otro pierde, pero ya no importa, lo importante se juega en lo impredecible de la escena, la velocidad, la actitud, las posturas, la sonrisa y el placer espontáneo de sentir placer con otro que comparte el juego con él y con el cual, por unos breves instantes, se exilian del cuerpo para jugar el destino insondable de la plasticidad de la experiencia como acontecimiento.

Vivaces, llegamos al quinto piso, la sensibilidad corporal (la interoceptiva, propioceptiva, cenestésica) está referida, orientada y atravesada por la escena, por el placer de sentir placer al jugar, ganar, perder, por el ____tácito que recompone el hecho en común de compartir la experiencia gozosa con otro y la alteridad secreta que ella representa para ambos. Sin perder la asimetría y la diferencia esencial de la relación transferencial que se juega desde el origen.

Nicolás es un niño de siete años, diagnosticado hace dos como ADD/ADHD (síndrome disatencional con hiperquinesia)... “Tiene este diagnóstico-afirma el papá-porque nos dijeron que coincide con seis ítems que tienen las mismas características durante seis meses según el DSM”. Una de las dificultades es ponerle límites, situación que se acrecienta y acentúa a partir de la separación de sus padres y las nuevas relaciones y redes familiares que ellos establecen. Tanto la mamá como el papá, han conformado nuevas familias con sus respectivas nuevas parejas, que a su vez tienen hijos de otros matrimonios. Ante esta reconfiguración familiar y el ensamble correspondiente nos preguntamos: ¿Cuál es el lugar que ocupa Nicolás?, ¿Cómo se relaciona con los otros niños-hijos-hermanastros?, ¿De qué modo compartir el amor parental?, ¿Qué posición tiene y encarna en cada casa?

Nicolás se torna movedizo, inquieto, le cuesta parar, se acelera, por momentos está él molesto y molesta al otro, se las ingenia para moverse, desalineado, torpe, se da a ver ruidosamente. No es fácil ponerle un límite o limitar el “impertinente” movimiento. La inestabilidad inunda la experiencia que realiza. Los padres consultan al pediatra, quien los deriva al neurólogo, él les da el veredicto: “Síndrome ADD con hiperquinesia”, le adjudica origen inminentemente biológico y medica con ritalina el objetivo es frenarlo, controlarlo y ordenarlo para lograr “la normalidad de su desarrollo”.

Los padres dudan de medicarlo, por este motivo llegan a la consulta, luego de recorrer diferentes profesionales. La situación de Nicolás es bastante caótica, sin un régimen de visitas establecidas va de casa en casa, sin terminar de establecerse en una de ellas (ni en la del papá, ni en la de la mamá). La ropa, los útiles, los juguetes deambulan de un lado a otro. La primera parte del tratamiento en las entrevistas parentales pensamos diferentes opciones para estabilizar y aclarar el quehacer cotidiano de Nicolás, en la procura de unificar criterios e ideas entre ellos para poder trasmitírselos a su hijo. Los efectos de estos encuentros fueron vitales para el cambio que Nicolás, paulatinamente y sin medicación, fue produciendo.

En los comienzos del tratamiento, Nicolás quería jugar al fútbol, era difícil hacerlo, pretendía patear y se le salían las zapatillas, se les caían los pantalones, se distraía. No terminaba de hacer los arcos que ya quería gambetear o sacar lateral. No aceptaba de ningún modo perder. La cancha, ilimitada, dramatizaba el caos que, hasta ese momento, él también vivía. Desde esa experiencia caótica, comenzamos a relacionarnos, jugamos al fútbol loco, pateando para todos lados, gritando gol y sosteniendo algunas mínimas reglas. Inventamos un referí que tenía tarjeta roja y amarilla, no se podía tocar con la mano, marcamos un área y ubicamos el límite de la cancha, pusimos unos ladrillos de diferente color para cada uno de los arcos (los medimos para que sean iguales y no sacar ventaja).

Una parte de la sesión, la ocupábamos armando y organizando el espacio de la cancha, durante estos momentos, hablábamos, me comentaba de la nueva casa que alquilaba el papá, lo que hacía los fines de semana con él. También como era el novio de la mamá, los hijos que él tenía y como jugaba con ellos. El espacio del consultorio se transformaba, conversábamos y jugábamos, el referí sacaba tarjetas amarillas o rojas, había suplentes, otros personajes (muñecos) que participaban y un pizarrón donde anotaba los nombres y los goles.

La experiencia escénica de jugar a la pelota, sostenida en el “entredós” transferencial le fue permitiendo a Nicolás ocupar otra posición, constituir otro espejo (sostenido en la imagen corporal), a partir del cual, no necesitaba moverse indiscriminadamente, molestar o llamar la atención. Sin tanta torpeza e inquietud, empezó a relacionarse mejor con su grupo de amigos, las producciones escolares potenciaron las posibilidades simbólicas que estaban bloqueadas o inhibidas por la angustia y el caos que se dramatizaba en la inestabilidad psicomotriz.

Luego de un tiempo de tratamiento, Nicolás mira unas bombitas de agua que estaban disponibles para jugar, pide llenarlas pero con piedritas y alegremente propone: “Esteban, si además de agua, ¿le ponemos otra cosa?, las dejamos en el freezer y vemos ¿qué pasa?”, “Dale...un experimento”... “Si” se escucha y comienza a colocar, sal, azúcar, piedritas...A continuación, entusiasmados empezamos a crear la experiencia e inventar un deseo de saber, una intriga, por lo que podía ocurrir al agregar detergente, fósforos, tempera...Cuidadosamente, colocábamos el experimento en la heladera para esperar hasta la próxima semana y ver los resultados...Nicolás y Esteban experimentaban juntos ese espacio, la intensidad e intimidad del “entredós” se sostenía en la expectativa por lo que podría suceder en esa aventura experimental.

La siguiente semana, Nicolás llegaba y exclamaba: “Esteban tenemos que continuar el experimento, hay que saber qué pasó con él”, “Vamos-respondía-veamos lo que pasó con lo que hicimos...”. Lentamente, sacábamos las bombitas de la heladera, estaban congeladas, juntos, asombrados, mirábamos que aspecto tenían, si habían cambiado de color, de tamaño o si se transformaban en otra cosa.

En este sentido, a Nicolás se le ocurre descongelarlas con una vela, atento y entusiasmado, la sostenía y concentrado en el experimento íbamos descongelando las bombitas del experimento. Vimos asorados como la cera se desparramaba por los bordes hasta crear caminos, formas y figuras divertidas.

Sesión tras sesión, el placer del deseo de experimentar, descubrir la transformación y los cambios que se producen, acaparan toda su concentración y la disponibilidad corporal, actitudinal y postural en función de ese descubrimiento. Es el desconocimiento y por lo tanto el deseo de saber el que guía la trama escénica de la plasticidad de la experiencia. Nicolás toca el portero eléctrico y desde allí dice: “Esteban soy yo, a seguir el experimento, tenemos que descongelar lo que hicimos la última vez, ¿te acordás?... hoy traje unos tornillos que podemos congelar y ver qué les pasa...dale subo y lo hacemos”. Al subir, prendemos la vela, descongelamos las bombitas y entramos todo aquello que habíamos puesto dentro de ellas en la sesión anterior. El placer de la experiencia nos convocaba y colmaba toda la escena.

El deseo de inventar lo nuevo enriquecía el espacio transferencial, el placer de sentir placer al descubrir la transformación del experimento creaba el afecto necesario para producir la repetición de lo diferente. Nicolás y Esteban ignoraban lo que ese día podía ocurrir, tanto con lo hecho antes, como con lo que en ese instante podía suceder. Damos lugar para que un acontecimiento suceda y como tal, es imprevisible, desborda la simple acción. Nos dejamos desbordar por el ritmo escénico. Es esa intensidad lo que se pierde para enlazarse, ligarse con otra escena y dejar una huella a resignificar con otras. Es el origen pulsional del impulso a desear e inventar lo que no se sabe.

Es oportuno recordar, que cuando Nicolás realizó la primer consulta tenía el diagnóstico de ADD y con sus cuatro años, además de la medicación, tenía indicado hacer actividades para: “ordenar, expandir la interacción social y la intención compartida”. Dentro del listado de ejercicios a realizar estaba: “a) Desarrollar actividades para seguir el foco de atención”, “b) Atraer la atención hacia sí mismo, llamando a los demás o pidiendo ayuda”, “c) Practicar el saludo o despedida de manera verbal o no verbal”, “d) Necesidad de hacer uso de gestos o vocalizaciones para atraer la atención de objetos u eventos (mirar libros, ir al zoo, mirar fuera de la ventana”, “e) Usar palabras que expresen funciones, que actualmente son expresadas por modos socialmente inaceptables (no para protesta, se terminó o para terminar una actividad), “f) Uso de expresiones estereotipadas o utilizadas en rutinas para ordenar la conducta disatencional”.

¿Es posible encontrar a Nicolás en estas rutinas y estereotipias propuestas para su supuesto síndrome o patología disatencional?

En el consultorio tengo una pequeña pecera, Nicolás se interesa mucho por los peces, les da de comer, los mira, les pone un nombre a cada uno de ellos. En especial se interesa por un axolote (anfibio), que incluí en el acuario. Su extraña forma (las branquias al lado del rostro) y todo su aspecto lo atraen y pregunta por él, por sus ondulantes movimientos, por la extrañeza de su figura. Juntos lo miramos e intentamos saber o predecir lo que puede hacer. Los dos, frente a la paredes transparentes del acuario, miramos al axolote, de algún modo, jugando, nos transformamos en él. Es una experiencia gestual, plena de complicidad.

Como no recordar el cuento "Axolotl" de Julio Cortázar, cuando en su escritura nos dice: "Hubo un tiempo en el que yo pensaba mucho en los axolotl, iba a verlos al acuario del Jardín Desplantes y me quedaba horas mirándolos, observando su movilidad, sus oscuros movimientos, ahora soy un axolotl...Entonces descubrí sus ojos, su cara, sus dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente, carentes de toda vida pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través del punto áureo y perderse en un diáfano misterio interior...Fue su quietud la que me hizo inclinarme fascinado la primera vez que vi a los axolotl. Oscuramente me pareció comprender su voluntad secreta, abolir el espacio y el tiempo con una inmovilidad indiferente. Después supe mejor, la contracción de las branquias, el tanteo de las finas patas en las piedras, la repentina natación (algunos de ellos nadan con la simple ondulación del cuerpo), me probó que eran capaces de evadirse de ese sopor mineral en el que pasaban horas enteras...Los ojos de los axolotl me decían de la presencia de una vida diferente, de otra manera de mirar...Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez más de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris y sin pupila. Veía de muy cerca la cara de un axolotl inmóvil junto al vidrio. Sin transición, sin sorpresa, vi mi cara contra el vidrio, en vez del axolotl vi mi cara contra el vidrio, la vi fuera del acuario, la vi del otro lado del vidrio. Entonces mi cara se apartó y yo comprendí-finalmente concluye Cortázar-...ahora soy definitivamente un axolotl, y sin pienso como un hombre es sólo porque todo axolotl piensa como un hombre dentro de su imagen de piedra rosa"

Estoy junto a Nicolás mirando la pecera, el pequeño anfibio (el axolote) nos mira, el espejo nos conmueve, sonreímos por sonreír en el placer secreto de sentir placer, en la intensidad de un espacio íntimo. Nos dejamos desbordar, traspasamos la pecera en algún sentido nos emancipamos del cuerpo, estamos dentro del acuario, nos aloja los movimientos rítmicos, las aletas y la mirada efímera del axolote, las burbujas se entremezclan en el "entredós" en la intriga de la escena. Nicolás no se mueve, está atento a lo imperceptible del tiempo compartido. Del diagnóstico de síndrome disatencional ADD no queda nada más que el sinsabor sin consuelo de ser considerado un síndrome sin sujeto.

El sabor y el sentido de la infancia se miden en experiencias sensiblemente gozosas. Marcel Proust lo escribe y recuerda el sabor de la magdalena embebida en té, el recuerdo espontáneo sucede en la epifanía del instante..."El olor y el sabor, más frágiles pero más vivaces, más inmatrimoniales, más persistentes, más fieles, continúan aún vivos mucho tiempo, como almas, para recordar, para esperar, para anhelar, sobre las ruinas de todo lo demás, para llevar conmigo sin desfallecer, en su gotita casi impalpable, el edificio inmenso del recuerdo".

Tal vez, nuestra función solamente sea dar lugar para que la plasticidad simbólica de una gotita intocable e invisible se ponga en escena y resurja imprevistamente en alguna futura secreta experiencia, en la cual, por supuesto, ya no estemos, sino como un impalpable recuerdo que jamás se recordará, aunque persista inaprensible el sabor, la huella de un encuentro...de un axolote imperecedero que aún para algunos sigue latiendo y permite donar el placer de desear latir otra vez de nuevo.

Esteban Levin
estebanlevín@lainfancia.net
www.facebook.com/estebanlevin.lainfancia
www.lainfancia.com